

WANDER, Fred: *La buena vida o de la serenidad ante el horror*. Trad. de Richard Gross. Pre-Textos: Valencia 2010. 398 pp.

Tres años después de la aparición en la editorial *Galaxia Gutenberg* de *El séptimo pozo* (*Der siebente Brunnen*) en una traducción de Teresa Ruiz Rosas, la editorial Pre-Textos vuelve a sorprendernos con una nueva obra de Fred Wander: *La buena vida o de la serenidad ante el horror* (*Vom guten Leben oder Von der Fröhlichkeit im Schrecken*), esta vez a cargo de Richard Gross. Tal y como se puede leer en la contraportada, nos encontramos ante un libro de memorias en el que el protagonista y autor, en el momento de la redacción con casi 90 años, vuelve la mirada hacia su propia vida y hace recuento: juventud en la Viena de entreguerras, condición judía durante el Nacionalsocialismo, experiencias de la Posguerra, República Democrática Alemana, etc. En definitiva, una vida que sin grandes divergencias se solapa casi íntegramente con la historia de Europa del siglo XX, que nos es contada en este caso por un participante activo de la misma.

El volumen está dividido en cuatro capítulos que se ocupan de las cuatro grandes fases vitales de la vida del autor. En el primero de ellos, Fred Wander recorre con un relato minucioso todos los sentimientos y grandes acontecimientos citados con frecuencia del periodo de entreguerras: El trauma de la Primera Guerra Mundial, la sensación de que el proyecto Nazi no llegaría a consumarse, la decepción en la izquierda europea tras el pacto entre Stalin y Hitler, las voces críticas acerca de la indiferencia del resto de potencias que, en cierto modo, consintieron el nazismo... hasta llegar a un punto central de importancia vital en un judío: los campos de concentración. El relato que de los mismos se ofrece es algo sencillo, conceptual, distinto a las otras explicaciones detalladas de los diversos supervivientes, serena: “¿Cómo relatar hechos de esa naturaleza? Quien no lo haya vivido, nunca podrá comprenderlo” (p. 94), de ahí que:

La pregunta que suele plantearse una y otra vez en vista de tales hechos, y que yo también me planteo, es ésta: ¿qué clase de personas son las que por acatar una orden pueden cometer todo tipo de crímenes y crueldades? ¿Eran psicópatas, sadistas, monstruos? ¿O era tal vez gente absolutamente normal, pequeños burgueses, hombres de a pie, como cada uno de nosotros? (p. 99).

Con una apelación a los motivos, lo que podría considerarse la motivación intrínseca del volumen, se abre paso al siguiente capítulo. En él se refleja la desolación de una sociedad que ha sobrevivido a duras penas la Segunda Guerra Mundial y que se enfrenta a sí misma y su propio pasado. Diferentes experiencias en Salzburgo y Viena alientan el relato hasta la partida del autor hacia la República Democrática Alemana, cuyas experiencias narra en el tercer capítulo. En armonía con los dos anteriores vuelve a aparecer una apelación profunda de los motivos de conducta del ser humano y los suyos propios. En este caso, sorprendentemente, la pregunta no estriba en el por qué de una participación voluntaria en la RDA, sino en las razones que se esconden detrás del espejismo y la esperanza que abrigaba de encontrar en la Alemania del Este la mejor democracia posible tras los horrores de la guerra:

Nos gustó el talante asequible de la gente [...] en el oeste las personas se hacían trizas en una actividad ajetreada e idolatraban el gran milagro económico [...] hicimos la vista gorda ante muchos defectos, sinrazones e injusticias terribles, nos los tragamos, los ahuyentamos, aunque a menudo con sentimientos de culpa (p. 157-158).

La RDA que vemos reflejada en Fred Wander sirve para buscar, más allá de las injusticias y desajustes, un mundo posible que con el paso del tiempo terminó por esfumarse. La casa en la zona fronteriza, las reuniones con colegas, las escapadas furtivas al cine del Oeste de Berlín en Zehlendorf antes de la construcción del muro... y otros muchos recuerdos agradables como viajes a Francia o Viena, se fusionan con la tragedia, por un lado en la vida pública a raíz de la confrontación con los ya conocidos grandes fantasmas del régimen comunista, y por el otro lado en la esfera privada con la enfermedad y muerte de su segunda mujer, Maxie. El cuarto capítulo se ocupa con detalle de este hecho fulminante y alcanza un clímax estremecedor con el relato de su muerte por el cáncer, lo que intensifica un proceso de búsqueda interior que había empezado a comprender con anterioridad: “Una persona debería de poder pasar a través de sí misma, como por una casa abierta, aireada, con muchas ventanas para ver el mundo exterior. Sólo si descubres en ti un mundo, descubres *el mundo*” (p. 311). La muerte de Maxie articula una reinterpretación de la propia definición de individuo, así como de su trascendencia vital que, casi repentinamente, le invita a empezar a disfrutar de la vida, a aprovecharla. Todo esto se desarrolla progresivamente en un tono humano de optimismo y de esperanza que, por un lado, terminará por caer en un silencio creativo en beneficio del deseo de deleite y, por el otro, concluirá en la redacción lógica de unas memorias de tono crítico, pero sosegado. El momento de redacción de la obra es el de un escritor anciano que ha dejado de escribir, pero no de descubrir, cuya vida: “ha sido una pugna entre la actitud activa y la pasiva, entre la producción creativa y la observación cuidadosa distante” (p. 327) a la que ahora pasa revista retrospectivamente con un tono pasivo y, desde la serenidad (*¿Fröhlichkeit?*) de la vejez.

La esperanza de que en cada hombre haya un proyecto de humanidad y que por él se llegará a un mundo mejor desembocan en un optimismo vital que termina por convertirse en una fórmula de conducta:

No obstante, se puede ver en cada uno de nosotros el proyecto de una persona en su totalidad, un personaje fascinante a poco que nos propongamos reconocerlo. Se trata del enrevesado proceso de humanación y maduración que está lejos de haber concluido. Un proceso que, quizá, tarde aún siglos en crear un mundo sin odio y sin guerras (p. 397).

Se trata de una vida vivida al máximo, el resultado de aquél que como testigo del siglo XX se enfrenta a su propia historia y la de su tiempo. La reedición y el descubrimiento de una figura así es de gran importancia en el todavía joven siglo XXI. De la experiencia vital pueden seguir extrayéndose soluciones o respuestas para fomentar una convivencia más fructífera y menos agresiva de los individuos. El

tono optimista, quizá algo contagioso, no contradice el espíritu crítico necesario para juzgar los acontecimientos como estos lo requieren. En este sentido, se puede decir que nos encontramos ante una obra de gran actualidad que todavía sigue viva. En la edición actual, el traductor Richard Gross asume la ingente tarea de transmitir a nuestra lengua una historia difícil de contar y narrada en un lenguaje de extrema exigencia estilística. Posiblemente, la sensación del lector ante la obra sea la de encontrarse ante un lenguaje rudimentario, en exceso directo, poco retórico y en ocasiones fragmentado. Sin embargo, comprensivamente debe entender que es probable que esta sea la única alternativa para reflejar con exactitud una obra de estas características, es decir, optar por la fidelidad sacrificando el nivel de pureza lingüística o artística. Ciertamente, resulta difícil transmitir la sinceridad emocional de algunos momentos del original de otra forma que no sea literalmente.

La confrontación emocional de cualquier obra, más si se trata de un relato presumiblemente autobiográfico, encuentra un problema importante que el propio Wander percibe y que muy sutilmente refiere sin embargo a través de una cita de Martin Walser:

La palabra ‘autobiografía’ [...] sólo puede emplearla quien poca idea tiene de la ineluctable fuerza transfiguradora del lenguaje [...]. Uno no puede describir cosas lejanas en el tiempo sin experimentar la sensación de que ya se han vuelto ficción, incluso si están saturadas de hechos y tienen que ver con personas que realmente existieron. Pretender evocarlas con la palabra es pura fantasía” (p. 342).

por lo tanto, la opción de relato resultante apunta al trabajo concreto con la memoria:

¿Cómo trabaja la memoria? El recuerdo puede ser mortífero si te coge desprotegido y te arrea hasta los confines de la locura. Pero también es cierto lo contrario: también hay destrucción si esa estrategia secreta, intuitiva del olvido, la astucia del inconsciente, te oculta el recuerdo (p. 352).

Recorrer el siglo XX de mano de Fred Wander es una experiencia distinta. La riqueza de nombres, lecturas, autores o de sitios que aparecen en el relato es inclasificable, aunque siempre desde una perspectiva sutil, indirecta, huyendo de la escritura de un libro de erudito. Quizá no estemos ante una obra con un argumento radicalmente original, pero precisamente es quizá esto lo que la hace ser tan interesante, ya que es una estampa literaria del siglo xx, un diario histórico pausado de un siglo de grandes convulsiones contemplado desde la serenidad. Sin embargo, hay un hilo conductor claro que hace su aparición con relativa frecuencia, resultando estremecedor cada vez: los campos de concentración. Se trata de uno de los grandes traumas del siglo XX, focalizado en este caso concreto por la perspectiva personal de un superviviente. Las evocaciones de Auschwitz o de Buchenwald son constantes, aunque no continuas, es decir, su relato no tiene lugar de forma fragmentaria. Posiblemente sea ésta la forma más fidedigna de reflejar el recuerdo, que

nunca surge unitario en la memoria, sino siempre a modo de imágenes puntuales motivadas por algún hecho concreto. La mera tradición familiar judía del autor, no especialmente creyente, le lleva a confrontarse directamente con el Holocausto. Las anécdotas dramáticas de los campos de exterminio aparecen repentinamente, pero cada una de las veces el tema se diluye y parece desaparecer en el relato de la siguiente vivencia; sin embargo, su presencia no remite, sino que sigue vigente, ya que el olvido es intolerable. En definitiva, tiene mucho que ver con una huella imborrable que –así nos lo dice el propio Wander– no solo puede afectar a una minoría, tal y como ha quedado demostrado en la segunda parte del siglo XX: “Auschwitz nunca fue un asunto exclusivo de los judíos y los alemanes en tanto que inventores de Auschwitz: fue un acontecimiento que afecta a toda la humanidad” (p. 374).

Alfonso LOMBANA

ZWEIG, Stefan: *¿Fue él?* Trad. de Berta Vias Mahou. Acantilado: Barcelona 2010. 74 pp.

Un perro juzgado como persona

Hace tiempo que la editorial Acantilado se dedica a la recuperación de la obra del austriaco Stefan Zweig (1881-1942). Escritor prolífico como pocos, tanto de novela como de ensayo, dos de sus libros han suscitado un entusiasmo supino entre el público lector: *El mundo de ayer* y *Momentos estelares de la Humanidad*. Un detalle interesante, pues sólo esta suerte de elección “popular” resalta dos aspectos del estilo de Zweig, en el fondo, subsumibles en uno sólo: su fascinante capacidad de observación de la condición humana, lo que se revela tanto en el talento con que abordó las numerosas biografías que escribió, como en la capacidad de penetración psicológica de su prosa.

No obstante, quien quiera empezar a leer algo de Zweig tiene en sus relatos y novelas cortas quizá la mejor puerta de entrada, como dan cuenta los libros objeto de esta reseña. *¿Fue él? (War er es?)* cuenta la historia de un matrimonio británico que, aprovechando la jubilación del marido, antiguo funcionario, y con la idea de pasar allí sus años de senectud, se traslada a una casa de campo situada en un valle abandonado cerca de Bath –donde vivió el propio Zweig en 1939, por lo que es fácil inferir que el relato debió ser escrito en aquellas fechas, si bien no se publicó en alemán hasta 1987–. Al poco de llegar, se instala enfrente otro matrimonio, formado por una joven ama de casa y un banquero de Bristol, el señor Limpley, un tipo grande y bondadoso que, inicialmente, les inspira confianza por su vitalidad y su enérgica y sobreabundante alegría... pero que no tarda en resultarles *demasiado* alegre y, a la larga, agotador, lo que Zweig destaca irónicamente –en una anotación muy del estilo de *Un hombre bueno es difícil de encontrar*, de Flannery O’Connor– cuando le describe como un tipo que “resultaba difícil de soportar por la manera sonora y ostentosa que tenía de ser permanentemente feliz” (p. 14).